

DANGERFIELD, G. (2019). *LA EXTRAÑA MUERTE DE LA INGLATERRA LIBERAL*. MADRID: TECNOS

Juan José PÉREZ DOBÓN
Letrado de las Cortes Generales
Doctor en Derecho
<https://orcid.org/0000-0001-9671-251X>

La extraña muerte de la Inglaterra liberal, de George Dangerfield, es un texto clásico en la descripción y el análisis de lo que en el ámbito parlamentario, político y social aconteció en el Reino Unido en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra. Esta obra acaba de ver la luz por primera vez en castellano, editada por Tecnos, traducida del inglés por Pablo Fernández Candina y con un amplio estudio preliminar de Alfonso Cuenca Miranda.

En los albores del s. xx el Reino Unido dejaba atrás un siglo en el que su poder y su influencia se habían extendido a todos los rincones de la tierra, a todos los continentes. Si el s. xviii se cierra para los británicos con la pérdida de las colonias americanas y el s. xix comienza con las guerras napoleónicas, tras el exilio de Napoleón y el Congreso de Viena siguen décadas y décadas en que la incorporación de nuevos territorios y la apertura de nuevos mercados no dejan de incrementar, año tras año, la fuerza y el prestigio del Reino Unido en el mundo. Con ello coincide, por una parte, un reinado, el de la reina Victoria, de una duración excepcional, casi sesenta y cuatro años, y, por otra, un escenario político interno en el que se alternaban en el Gobierno *tories* y *whigs* (luego, conservadores y liberales). Esa “*pax victoriana*” continúa cuando arranca el nuevo siglo, con el reinado del templado e inteligente hijo de Victoria, Eduardo VII.

Súbitamente todo aquello que en ese cuadro político y social transmitía una sensación casi indestructible de equilibrio, seguridad y progreso empieza a desajustarse, y lo sustituye un escenario de incertidumbre, desasosiego y conflicto.

En este momento es cuando arranca la trepidante prosa de Dangerfield. Con un ritmo de gran corredor de medio fondo describe, de manera admirable y siempre sugerente para el lector, las distintas causas y circunstancias que en su opinión fueron determinantes para que la edad de oro del liberalismo inglés, tanto en lo que al propio Partido Liberal se refiere, como en lo que tiene de forma de entender la vida social y política de un país, tocase a su fin.

Dangerfield, en su breve prólogo, quiere dejar bien claro que 1910 es no solo el punto de partida adecuado, sino que constituye un auténtico hito de la historia inglesa. Para él, *en dicho año, brasas que llevaban largo tiempo caldeando el alma inglesa se reavivaron de repente, de tal suerte que a finales de 1913 la Inglaterra liberal había sido reducida a cenizas*. Pero también se siente en la obligación, a renglón seguido, de ajustar este enfoque categórico y admitir que la palabra *liberal* siempre tendrá un significado en la sociedad y en el mundo, si bien *el auténtico liberal de la preguerra, asentado sobre el libre comercio, una mayoría en el Parlamento, los diez mandamientos y la ilusión del progreso, no regresará jamás. Lo mataron, o mejor dicho, se mató, en 1913*.

George Dangerfield es un británico, nacido en la Inglaterra profunda (Berkshire) en 1904, graduado en Oxford en 1927, en concreto, en Literatura Inglesa. Tras ejercer la docencia en Praga y Hamburgo, se traslada en 1930 a los Estados Unidos, que se convierte en su país de residencia y a partir de 1943 también en el de su nacionalidad.

La extraña muerte de la Inglaterra liberal, que escribe entre 1933 y 1935, año de su publicación, es la obra de un británico que se encuentra cómodo, muy cómodo, en los Estados Unidos, quizás porque estamos en los años del *New Deal*, de la sensibilidad social, del gran empuje, los del primer mandato presidencial de Franklin D. Roosevelt, circunstancias todas ellas que sintonizan con los principios ideológicos de Dangerfield, que los tiene y que se manifiestan de manera clara en sus análisis y en sus conclusiones, los cuales no adolecen de falta de vehemencia precisamente. Dangerfield escribe sobre hechos no contemporáneos, pero tampoco lejanos, por lo que la obra es en realidad una gran crónica, escrita con pluma cálida y a veces con apasionamiento, de hechos que el escritor ha conocido gracias a un estudio documental exhaustivo, pero también porque

muchos de los personajes que aparecen en este libro, cuando este se publica, o seguían siendo actores importantes de la realidad política y social británica o, aunque hubieran fallecido, continuaban plenamente vivos en la conciencia colectiva del ámbito político y social en el que se desarrollaron. Estamos pues ante una gran crónica. Como recuerda Alfonso Cuenca Miranda en su estudio preliminar, en 1935 Dangerfield no era un historiador, sino un periodista, si bien su pulso narrativo lo sitúa en la *mejor* historia, la de Tucídides y Tácito.

En la parte I de la obra, titulada “Sus Señorías mueren en la sombra”, se expone la situación política del Reino Unido desde comienzos del s. XX hasta agosto de 1911, cuando la Cámara de los Lores da su conformidad a la *Parliament Act*, que limita sus poderes.

Como consecuencia de la guerra de los Bóeres y del proteccionismo *tory*, en las elecciones de 1906 los liberales obtienen una gran victoria, liderados por Campbell-Bannerman, más que duplicando en escaños al Partido Conservador, dirigido por Balfour. Pero también en esas elecciones los laboristas alcanzan por primera vez una representación significativa en la Cámara de los Comunes, 29 escaños, algo que tendrá grandes repercusiones futuras.

Tras la muerte de Campbell-Bannerman en 1908, pasa a ser primer ministro Asquith y Lloyd George su ministro de Hacienda, quienes pretenden dar una impronta de progreso social al Gobierno liberal, que se plasma en el proyecto de presupuesto para 1909 (el denominado “Presupuesto del Pueblo”). A este se oponen frontalmente los conservadores, que, encontrándose en minoría en los Comunes, no dudaron en rechazarlos en la Cámara de los Lores, en la que disponían de una clara mayoría, apartándose de la tradición constitucional de que los Lores no vetasen en ningún caso los presupuestos. Bien es cierto que los conservadores alegaban que no se trataba solamente de un presupuesto, sino de una nueva política fiscal.

La respuesta del Gobierno liberal fue ir a unas nuevas elecciones, celebradas a principios de 1910, pero el resultado estuvo muy lejos del esperado, ya que el Partido Liberal perdió la mayoría y el equilibrio de poder quedó en manos de los partidos Irlandés y Laborista. El Partido Liberal tuvo que recurrir al apoyo del Partido Parlamentario Irlandés, que, a cambio de su respaldo al Presupuesto del Pueblo y a la limitación de los poderes de la Cámara de los Lores,

exigió una Ley del Autogobierno (*Home Rule*) de Irlanda, cuestión sometida desde hacía años al veto de los pares, en concreto desde el último gobierno de Gladstone.

El año 1910 fue un año intenso, que empieza y termina con unas elecciones generales. Dangerfield expone con maestría las circunstancias que concurren en la aprobación final por los Lores del Presupuesto del Pueblo (28-04-1910), el fallecimiento a los pocos días del rey Eduardo VII (06-05-1910) y el comienzo del reinado de Jorge V. Este tiene la iniciativa de propiciar la conferencia de Lansdowne House, donde se reúnen las planas mayores liberal y conservadora para intentar llegar a un acuerdo sobre las limitaciones que había que introducir en los poderes de los Lores; este acuerdo nunca llegó, con sus efectos sobre el autogobierno irlandés como escollo fundamental. Todo aboca a unas nuevas elecciones, las de diciembre de 1910, cuyo resultado reproduce casi exactamente el de las anteriores.

La disputa política sobre esta cuestión continúa en 1911. Realmente admirable es el gran cuadro que dibuja Dangerfield del debate final en la Cámara los Lores de la *Parliament Act*, que es aceptada por dicha Cámara el 10 de agosto de 1911, por 131 votos a favor y 114 en contra, con unas interesantísimas consideraciones sobre lo que esta aprobación significó, y no solo para la relación entre las dos Cámaras. Son especialmente brillantes sus reflexiones sobre el cambio de época y de la manera de entender la política, la pérdida de la impronta aristocrática de sus protagonistas, su profesionalización (por ello deja Balfour el liderazgo conservador) y cómo los integrantes del Gabinete Asquith ya presentan una heterogeneidad social que nada tiene que ver con el s. XIX, pues en él los procedentes de la clase aristocrática estaban ya en franca minoría.

Las partes II y III de la obra están íntimamente conectadas; abarcan el período comprendido entre 1911 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial. En ellas se abordan las que Dangerfield denomina rebelión *tory*, rebelión de las mujeres y rebelión de los trabajadores, en sus diversas fases.

LA REBELIÓN *TORY*

El pacto de H. H. Asquith y John Redmond, el líder del Partido Irlandés, pensaba en el autogobierno de una Irlanda nacionalista unida. Pero Irlanda, desde el fracasado *Home Rule Bill* de Gladstone, había cambiado. El Úlster había prosperado mucho, y motivos económicos y religiosos confluían para que no quisieran seguir la suerte del resto de Irlanda. Esto, siempre según el autor, fue aprovechado por los conservadores para desgastar al Partido Liberal, que ya había tenido que sufrir la escisión de los liberales unionistas en la época de Gladstone.

Las múltiples vicisitudes de la cuestión irlandesa son desmenuzadas y analizadas por Dangerfield. Es muy crítico con el nuevo líder conservador, Bonar Law, que sustituye a Balfour en noviembre de 1911, y aún más crítico con Edward Carson, el líder del Partido Unionista del Úlster.

Dangerfield considera que la Propuesta para el autogobierno de Irlanda, que se presenta en los Comunes en 1912, era una buena propuesta, similar a la de Gladstone, pero el hecho es que la cuestión irlandesa pesa muy seriamente sobre toda la política británica de ese período, descrita de manera ágil y precisa, si bien el autor no puede ocultar su escasa simpatía por los unionistas del Úlster y el apoyo que le prestan los conservadores. Los múltiples vaivenes políticos y la radicalización de las posiciones dentro de la propia Irlanda conducen a que esta *vexata quaestio* se enquistase cada vez más en la política británica. La descripción de las visitas a Belfast de Churchill (entonces liberal y primer lord del Almirantazgo) y Bonar Law, el líder conservador, es realmente antológica, como también lo es la manera en que se recogen las deliberaciones de la Propuesta de autogobierno y las contrapropuestas de exclusión temporal o definitiva del Úlster y de su ámbito de aplicación. La aparición de la Fuerza Voluntaria del Úlster y de los Voluntarios Irlandeses son también importantísimos puntos de inflexión.

La cuestión irlandesa erosionaba al Gobierno liberal, pero también al Partido Republicano Irlandés y a su líder, John Redmond, y un nuevo tipo de patriotismo irlandés se iba gestando, con nuevas organizaciones y nuevos líderes. No parece ocioso recordar en este punto que la representación irlandesa en los Comunes estaba claramente sobredimensionada: si se consideran las elecciones de diciembre

de 1910, mientras que el coste en votos por escaño para los partidos Liberal, Conservador y Laborista estaba en torno a los ocho mil, para el Partido Nacionalista Irlandés apenas superaba los mil doscientos.

1914 arranca con los debates de la Propuesta de autogobierno, pendiente de su tercera lectura en el Parlamento, con posibles enmiendas de exclusión temporal de los condados del Úlster, pero con Edward Carson y los unionistas rotundamente en contra. La situación se va complicando cada vez más, y se suceden el envío por Churchill de buques de guerra a las costas del Úlster, el denominado motín del Curragh, y los desembarcos de armas en Irlanda. Para los conservadores, como recuerda Dangerfield recogiendo las palabras del “brillante y díscolo” joven diputado F. E. Smith, el origen y el final de todos los males radicaba, sencillamente, en la subyugación del Partido Liberal al Partido Nacionalista Irlandés.

El 25 de mayo de 1914 pasa su tercera lectura la Propuesta de autogobierno.

Al poco tiempo la situación internacional se complica gravemente: el 28 de junio de 1914 tienen lugar los asesinatos de Sarajevo. Entre los días 21 y 24 de julio se celebra la conferencia de Buckingham Palace, sin que se llegue a un acuerdo ni sobre el área ni sobre el tiempo de la exclusión de los condados del Úlster. El 28 de julio Austria declara la guerra a Serbia y el 4 de agosto el Reino Unido la declara a Alemania. Es muy interesante el relato que hace Dangerfield de los pasos últimos que preceden a la sanción real tanto de la *Government of Ireland Act* como de la *Suspensory Act*, que venía a suspender la entrada en vigor de aquella mientras durara el conflicto. De hecho, esta ley de autogobierno no se aplicó jamás.

LA REBELIÓN DE LAS MUJERES

Como bien señala Alfonso Cuenca en su estudio preliminar, aquí alcanza Dangerfield *alguno de los momentos cimeros de la obra*.

La lucha infatigable de Emmeline Pankhurst y de sus hijas en pro del sufragio femenino ha escrito la historia. Dangerfield describe con toda intensidad cómo nace el WSPU, cómo actúan Emmeline Pankhurst y su hija Christabel, en una pugna permanente con el Gobierno de Asquith, que subestimó la fuerza de este movimiento.

Una primera Propuesta de armonización de los derechos electorales de la mujer con los del hombre superó dos lecturas en los Comunes, pero su ulterior tramitación se ralentiza y finalmente la Cámara de los Comunes fue disuelta sin que fuera aprobada. Estas circunstancias hacen que la confianza en Asquith de Emmeline Pankhurst, su hija Christabel y su organización, la WSPU, desaparezca. En este proceso el Viernes Negro (18-11-1910) marca un auténtico hito: asistimos ya a un enfrentamiento abierto y se producen las primeras detenciones.

Tras las elecciones de diciembre de 1910 vuelve a presentarse y debatirse esta Propuesta de armonización, que después de superar su primera lectura en los Comunes fue rechazada en segunda lectura, por 14 votos de diferencia, el 28 de marzo de 1912, por el voto contrario de los diputados liberales y nacionalistas irlandeses. Este rechazo conduce a una radicalización de la lucha de las *suffragettes*: más violencia, ingresos en prisión, huelgas de hambre, incendios de propiedades...

El 23 de enero de 1913 tiene lugar una importante reunión de *suffragettes*, encabezadas por la Sra. Drummond, con Lloyd George, que promete su apoyo a una enmienda a la Propuesta de sufragio masculino que implicaría el derecho de sufragio para más de cinco millones de mujeres y que, en caso de que esa enmienda fuese rechazada, apoyaría otra enmienda que concedería el voto a millón y medio de mujeres. Dangerfield expone con agudeza cómo la pretensión de las *suffragettes* y su buena fe se vieron burladas por los efectos de una liturgia parlamentaria que, válida y llena de lógica como procedimiento para tramitar los textos legislativos, servía en esta ocasión para disculpar lo que no era sino un engaño sin más del Gobierno liberal. Dangerfield dice textualmente y en términos muy reveladores que *con el fin de torpedear la Propuesta de armonización, el gobierno había producido una Propuesta de sufragio masculino que nadie había pedido con el único propósito de torpedearla con enmiendas de sufragio femenino*.

Ante esta situación la reacción de las *suffragettes* no se hizo esperar: actos violentos, vandalismo, incendios, prisión, huelgas de hambre y, como gráficamente asevera Dangerfield, con una WSPU dirigida por un duunvirato, con la “espada”, Emmeline Pankhurst, y con

el “espíritu”, su hija Christabel. A ello se suma el impacto de cara a la opinión pública que supuso la muerte de la activista Emily Davidson, después de arrojarse a los pies del caballo del rey en el Derby de 1913. Más acciones violentas, más prisión, más huelgas de hambre, más alimentación forzada. Una lucha tremenda en pos de su objetivo.

Cuando se leen las páginas en las que se describen todos estos episodios con gran realismo, se tiene la impresión de que ni siquiera Dangerfield deja de tener una visión en cierto modo paternalista de las reivindicaciones de las *suffragettes*, puesto que se muestra más bien crítico con las acciones de Emmeline Pankhurst y su hija Christabel, y simpatiza abiertamente con la actitud de otra hija, Sylvia, que se oponía a los incendios y en general a la violencia, al tiempo que exponía abiertamente sus ideas socialistas. La presencia de Sylvia en la reunión en el Albert Hall la noche del 1 de noviembre de 1913 junto a nacionalistas irlandeses y a sindicalistas, trajo consigo la ruptura con su madre y su hermana y su expulsión de la WSPU.

Quizás sea este el momento adecuado para poner de relieve que Dangerfield no disimula nunca su personal valoración de los distintos protagonistas de su libro. Simpatía por Sylvia Pankhurst y crítica a veces acerba a su madre Emmeline y su hermana Christabel, pero lo cierto es que sin estas el movimiento de las *suffragettes* no hubiera llegado nunca a buen puerto. Resulta también difícil, por no decir imposible, encontrar una referencia positiva hacia el Partido Conservador, y en especial hacia sus sucesivos dirigentes (Balfour, Bonar Law), juicio muy severo no acorde históricamente con un sentir profundo y no precisamente minoritario en la sociedad británica, como ha vuelto a manifestarse en fecha bien reciente. Eso no significa tampoco que sea más benévolo con ciertos líderes del Partido Liberal, porque las opiniones que vierte sobre Asquith, por solo poner un ejemplo, son reiteradamente negativas.

LA REBELIÓN DE LOS TRABAJADORES

Dangerfield ve con mucha más simpatía lo que él denomina “rebelión de los trabajadores” que la rebelión de los *tories* o de las *suffragettes*, pues la considera más realista y más noble. Para él, este despertar del mundo obrero en las Islas tiene una causa fundamental,

cual es el descenso de los salarios reales como consecuencia de la caída del poder adquisitivo de la libra, al que no fue ajeno el aumento de las reservas mundiales de oro por la apertura de nuevos yacimientos en Sudáfrica. Estos factores se combinan y hacen que vaya desapareciendo el pequeño empresariado independiente y que la riqueza se concentre en menos manos, al tiempo que se produce una pérdida de la supremacía industrial británica por la competencia de países como Estados Unidos, Alemania o Japón.

El análisis de Dangerfield de las múltiples cuestiones que aborda en esta parte de su obra es llamativamente minucioso, especialmente cuando analiza los grandes conflictos laborales que tuvieron lugar durante aquellos años. También hace consideraciones muy profundas e interesantes sobre otras cuestiones relacionadas con el mundo del trabajo, entre las que se encuentran las repercusiones de las elecciones de 1906, que abren los Comunes a un grupo ya significativo de diputados propiamente “laboristas” (los 29 del denominado Comité de Representación de los Trabajadores); la legislación de carácter sindical y social que fue abriéndose paso, y el innegable alcance de la ley que estableció una asignación a los diputados, clave para una mayor democratización y apertura del Parlamento, pero que según Dangerfield era una legislación que no estaba concebida para ayudar a los trabajadores, sino para apaciguarlos.

1910 es para el autor el año del gran cambio, que atribuye, más que al hecho de que el mundo del trabajo y el sindicalismo británicos se hubieran impregnado de ideas venidas del continente (Nietzsche, Bergson y Sorel), al cuestionamiento de una cierta conciencia de seguridad victoriana, en lo que sí coincidía la rebelión de los trabajadores con la de los *tories* y la de las mujeres. Se abre así la puerta a un período de grandes huelgas entre 1910 y 1914 en el que *el impulso más visceral era inconsciente, una energía inmensa que afloraba desde las profundidades del alma, que hizo temblar al Parlamento y provocó la muerte de la Inglaterra liberal.*

A la aparente “paz industrial” de las décadas finales del s. XIX y los primeros años del s. XX siguen tiempos convulsos. Aquí vuelve a demostrar el autor sus dotes de espléndido cronista, pues las grandes huelgas del transporte, ferroviaria y del carbón, lo que denomina la Triple Alianza, son descritas con detalle y con calor, transmitiéndose

al lector la impresión de que está a pie de calle y es testigo directo de esos acontecimientos. Y también impresiona su agudo análisis de cómo en Irlanda el sindicalismo estaba condicionado por el nacionalismo.

En este escenario tan radicalizado, Dangerfield, tan poco proclive en general a los elogios, no los escatima hacia George Ranken Askwith, alto funcionario que actuó de árbitro en numerosos conflictos y que *encarnó de un modo especial el espíritu típicamente inglés del compromiso*.

Así se desarrollaron las tres rebeliones, tan minuciosamente descritas y celosamente radiografiadas, con un núcleo de colosal (y a veces inquietante) fuerza expansiva. Pero hay un párrafo que deja bien claro el orgullo del autor de haber nacido en un gran país, cuando, al referirse a la reacción del pueblo británico ante la Gran Guerra, dice textualmente que *cuando se encontró cara a cara con la realidad, en su forma más cruel y terrible, la aceptó con un aplomo que aún sorprende, se enfrentó a ella con entereza y, todavía hoy (1935) conserva una cordura que parece haberle sido negada a las demás naciones del mundo*.

Dangerfield cierra su obra con un epílogo, que titula “La larga sombra”. Son breves páginas en las que la poesía georgiana y, más en concreto, la figura de Rupert Brooke y su prematura muerte le sirven de pretexto para permitirse un sentimiento de añoranza de aquella Inglaterra liberal *en la que hubo belleza, certidumbre y quietud y en la que nada era real*.

Mención especial merece el espléndido estudio preliminar de Alfonso Cuenca Miranda, que comienza con la presentación biográfica de quién fue George Dangerfield, que ayuda a entender gran parte de las valoraciones y los posicionamientos que aparecen en la obra. Tras ello expone, con una profundidad y claridad ejemplares, la evolución social, política y parlamentaria del Reino Unido, fundamentalmente a lo largo del s. XIX y primeros años del s. XX, con especial atención al Partido Liberal y al liberalismo como filosofía de la vida privada y de la vida pública británicas. Al mismo tiempo constituye una espléndida lección magistral, a la añorada vieja usanza, sobre las ideas políticas y el parlamentarismo. El lector, ante la brillantez de este estudio preliminar, no quedará indiferente.